

# CONVERSACIONES CON LA MUERTE

MEMORIAS DE LA OLA DE VIOLENCIA

PREMIO NACIONAL DE TESTIMONIO

«CHIHUAHUA»

2009

# CONVERSACIONES CON LA MUERTE

*por*

David Piñón Balderrama



*F*ICTICIA

MÉXICO

2010

PREMIO NACIONAL DE TESTIMONIO «CHIHUAHUA» 2009

D.R. © CONVERSACIONES CON LA MUERTE  
MEMORIAS DE LA OLA DE VIOLENCIA

D.R. © David Piñón Balderrama  
D.R. © ICHICULT  
D.R. © Ficticia S. de R.L. de C.V.  
Primera edición: julio de 2010

POR EL ESTADO DE CHIHUAHUA

Lic. José Reyes Baeza Terrazas  
*Gobernador Constitucional de Chihuahua*

Lic. Guadalupe Chacón Monárrez  
*Secretaría de Educación y Cultura*

Antrop. Jorge Carrera Robles  
*Director del Instituto Chihuahuense de la Cultura*

POR FICTICIA EDITORIAL

Editor: Marcial Fernández  
Diseño de la colección: Rodrigo Toledo Crow  
Diseño de la portada: Armando Hatzacorsian  
Formación de planas: Paulina Ugarte Chelén  
Consejeros editoriales: Raúl José Santos Bernard y Mónica Villa

ISBN: 978-607-7693-21-5

Sierra Fría 220, col. Lomas de Chapultepec, C.P. 11000, México DF  
www.ficticia.com                      libreria@ficticia.com

Ficticia Editorial es miembro fundador de la AEMI  
(Alianza de Editoriales Mexicanas Independientes)

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la previa autorización por escrito de los titulares de los derechos de autor.

Impreso y hecho en México

# CONTENIDO

MEMORIAS DE LA OLA DE VIOLENCIA.....	9
LA EJECUCIÓN DE IVÁN.....	13
DUEÑOS DE LAS CALLES.....	19
¿CÓMO LLEGAMOS A ESTO?.....	29
UN RECUENTO.....	37
JUAN, LA EMPRESA Y SECRETARIO.....	47
POR LAS BUENAS.....	57
AMENAZAS.....	67
RELACIONES PÚBLICAS.....	77
LA BODA.....	85
MATANZAS... ..	91
CONVERSACIONES CON LA MUERTE.....	99

# MEMORIAS DE LA OLA DE VIOLENCIA

*Nos esperan tiempos de violencia,  
se dice atribuyendo al tiempo una condición que  
sólo es propia del espíritu asignando al más alto  
de los misterios la más secreta de nuestras sensaciones...*

*De la violencia* (fragmento)  
Salvador Elizondo

La oferta era tentadora: muchos dólares por hacer nada, por callar a veces, por escribir en algunas ocasiones mal del bando enemigo y por echarles la mano a los Jefes que, me decían, se paseaban por Juárez, El Paso, Sinaloa o México, haciendo negocios millonarios; pero no por nada ofrecían esa cantidad de dinero, pues había que darles algún pitazo o pagarle discretamente a quienes pudieran ayudarlos.

Era “La Empresa”, así llamaban ellos a su organización que lo mismo estaba en Parral que en la Sierra Tarahumara, en la frontera, en Jalisco o en Puerto Vallarta, a donde, por cierto, alguna vez me invitaron para platicar, pero pude excusarme con los preparativos de mi boda, lo cual me resultó contraproducente, pues al enterarse de la fiesta querían ser padrinos con lo que se me ofreciera.

En aquel momento me sentía nervioso. Estaba a cinco meses de casarme, acababa de asumir una nueva responsabilidad en el trabajo y había dejado, o quería dejar, cosas de mi vida en el pasado, relacionadas con esa actividad que hasta cierto punto me hacían cómplice del crimen, aunque no lo quisiera conscientemente o, aunque en otras ocasiones, fuera de manera consciente.

Antes de esa época, mi vida era relativamente sencilla: estaba en proceso de un divorcio que al final no fue tan difícil, salvo por el costo financiero; padre de una lindura que estaba por cumplir nueve años y a quien a veces se me complicaba ver debido a los líos de la separación, y novio de una mujer hermosa.

De esa sencillez de vivir de un sueldo de reportero y trabajar en otras cosas siempre, menos importantes claro está, vino un cambio inesperado, no tanto porque no me gustara lo que iba a hacer en mi nuevo puesto, sino por las complicaciones que tendríamos otros tantos de miles de ciudadanos, habitantes, al fin y al cabo, de la misma ciudad, cuando comenzó una época que las autoridades llamaron “Guerra contra el crimen organizado”. Aquello lo percibimos como el aumento de la delincuencia, simplemente, ligada al tráfico de drogas. Tal vez no hubiera sido tan difícil vivir en ese momento como reportero, incluso como familiar de alguna de las mil novecientas víctimas mortales que según las estadísticas oficiales se habían registrado por las ejecuciones ligadas al narcotráfico ese año. Sin embargo yo ya no era sólo reportero, lo que hizo todo más complicado.

Comencemos desde el principio.

La tarde del 11 de septiembre mi novia y yo estábamos juntos cuando sonó el celular. Era mi jefe, me pedía presentarme al día siguiente en un área que me gustaba, pero no quería del todo. Prefería mi trabajo cerca de los su-

cesos más llamativos de la ciudad, además consideraba que me estaba profesionalizando en un ámbito que mucho tenía que ver con el crimen, la inseguridad, la violencia, temas de estudio en los cuales vale la pena profundizar.

Sin embargo, no tuve opción. Obedecí, pues nunca me atreví a confrontar, en mi interior, las alternativas.

Los primeros días no fueron malos, incluso me llenó de ánimos ver que podía hacer grandes cosas. Tenía un equipo de trabajo nuevo, dispuesto a jugársela conmigo, casi no había resistencia. Hasta sentí cierto liderazgo, algo muy halagador si trabajas con gente profesional que te toma en cuenta para tomar decisiones y espera tus instrucciones para actuar.

Era la luna de miel, así la denominaban por la experiencia de mis antecesores en el puesto, pero igual me advertían que duraría apenas unos meses, lapso durante el cual se acabaría el placer y comenzarían los problemas por los que querría, a decir de ellos, aventar el trabajo y perderme en la soledad.

Estaban equivocados. La luna de miel acabó mucho antes, pero tampoco fue la muerte o la decisión rotunda de irme y dejar todo por la paz, sino al contrario.

# LA EJECUCIÓN DE IVÁN

*Señoras y señores: No hay salvación.  
En nosotros se está perdiendo la partida.  
El Diablo juega ahora las piezas blancas.*

*Telemaquia* (fragmento)

J. J. Arreola

A la semana de estar en mi nuevo puesto se terminó la luna de miel en el trabajo. En mis tiempos de reportero en la calle, cerca de las ambulancias, las patrullas y los oficiales, conocí a Iván, un agente de la Policía Municipal que me compartía información. Era formador de elementos y, por ese tiempo, traía a un grupo en bicicleta y dominaba el centro de la ciudad, de día y de noche. Me contaba sus historias, los nexos de criminales con jefes policiacos, los territorios de cada banda; identificaba las tienditas o picaderos y sabía para quién trabajaba cada puchador; hablaba de nombres, apellidos, puestos de cada policía o jefes, pero eran tantos que fue imposible memorizarlo todo y no me dejaba apuntar.

—Nomás te estoy platicando —me decía—, no apuntes y allá tú si lo publicas.



Él era gran amigo de un compañero mío de trabajo, Manuel. Para mí ya no era un simple conocido, pues habíamos compartido mucho y le comencé a tomar tanto aprecio como se le puede tener a un amigo.

Una tarde, cuando estaba por terminar mis labores en el trabajo, me avisaron que por la zona sur oriente de la ciudad un comando armado había ejecutado a un hombre. Minutos después supe que era un policía y, poco más tarde, Manuel me llamó y me dijo quién había sido la víctima.

Aparte del drama que imaginé —tenía esposa, hijos, hermanos; además de ser policía, se esforzaba poniendo pequeños negocios de comida por su colonia—, sabía el motivo por el cuál fue asesinado y los nombres de quienes habían sido. Alguna vez me llegó una versión: un camión de pasajeros pasaba por el lugar y el chofer alcanzó a ver cómo lo tenían hincado varios hombres con el rostro cubierto, gritándole que se había pasado de lanza y que por eso iban por él.

Debido a esa ejecución salí tarde del trabajo. Estaba nervioso porque sabía la causa de su muerte y comprendí que esa corporación policiaca, con la cual había tenido contacto, no era lo que pensaba; estaba infiltrada por criminales. Si alguna vez pensé en agentes que protegían a pequeños delincuentes, esa noche, tras la impresión recibida, me di cuenta de que no eran delincuentes comunes quienes estaban metidos en la Policía Municipal.

Me dirigí a casa de mi novia después de reunirme, ya noche, con Manuel.

—Las cosas se van a poner calientes —dijo—. Nos están diciendo que ya le bajemos de huevos.

—Está bien... pues entendimos el mensaje y ya —le respondí medio en broma, medio en serio, pero él no estaba de buen humor; habían asesinado impunemente a su amigo.

«CONVERSACIONES CON LA MUERTE.  
MEMORIAS DE LA OLA DE VIOLENCIA»  
DE DAVID PIÑÓN BALDERRAMA

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN JULIO DE 2010 EN LOS TALLERES  
DE CORPORACIÓN INDUSTRIAL GRÁFICA S.A. DE C.V. FERNANDO  
SOLER No.50, FRACC. MARÍA CANDELARIA, HUITZILAC, MORELOS,  
C.P. 62510 MÉXICO

SE TIRARON 1000 EJEMPLARES